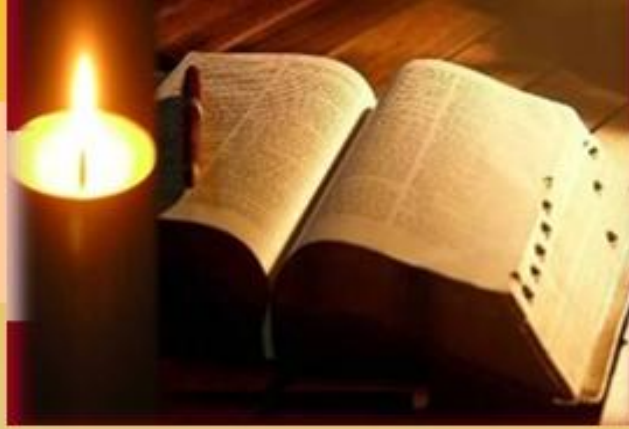


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 3º



Pascua
Ciclo C

Carlos Pabón Cárdenas, C.J.M.



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI





Una fuente de Amor y de Misión

Ambientación

Estamos ya en el tercer Domingo de Pascua. La resurrección de Jesús sigue siendo la Buena Noticia por excelencia. Es la que anuncia Pedro en su discurso a la gente («*nosotros somos testigos de esto*»), la que invoca Juan en el Apocalipsis cuando presenta a Cristo Jesús en su función de *mediador entre Dios y los hombres ante el trono de Dios* («*Dios lo resucitó y le dio gloria*»), y el centro de la conversación y de la experiencia de los discípulos en el lago en su encuentro con el Señor («*¡es el Señor!*»).

La Pascua de Cristo trajo para el pueblo judío la necesidad de una posición frente al grupo de creyentes que aceptaron el bautismo y que, en torno a los apóstoles, constituyeron la naciente Iglesia.

1. Preparémonos: INVOQUEMOS AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido;
luz que penetras las almas; fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su merito;
salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.
Amén

2. Leamos: ¿QUÉ DICE el texto?

Hch. 5, 27b-32,40b-41: «*Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo*»

Ese acontecimiento dividió el mundo de Jerusalén y sigue dividiendo al mundo de hoy. La lectura de los Hechos así nos lo manifiesta. Por una parte está el *sumo sacerdote*, primera autoridad religiosa del pueblo, y frente a él están los *apóstoles* de Jesucristo resucitado.

El sumo sacerdote piensa que todo debe continuar como antes y que esos apóstoles, judíos como él, deben obediencia a su autoridad. No acepta lo nuevo que trajo Jesús. *Les habíamos prohibido formalmente enseñar en nombre de ése, y sin embargo no han hecho*





sino llenar a Jerusalén de esa nueva enseñanza, y nos hacen responsables de la sangre de ese hombre. Ese sumo sacerdote no ha descubierto el misterio que encerraba la persona de Jesús, su calidad de Mesías auténtico, el verdadero sentido de su misión. Lo trata con cierto desprecio e incluso no quiere ni siquiera mencionarlo por su nombre. Sabe sin embargo que hay una **doctrina nueva** que los apóstoles enseñan y que de seguro contenía los elementos fundamentales de la interpretación del Señor Jesús y de su misión. La que los Hechos nos consignan y un poco después los evangelios nos van a ofrecer. Sin embargo por su misión en el pueblo ese *sumo sacerdote* debía conocerla, aceptarla y proclamarla también él. Ese era el designio de Dios.

Pero *Pedro y los apóstoles* han vencido sus temores y enfrentan la situación con claridad. Hay un proyecto salvador que se está llevando a cabo y que tiene por punto central a Jesús, muerto y resucitado. Ese acontecimiento central de la salvación debe ser proclamado al mundo y nadie lo puede impedir. En esto como en todo *hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*.

La voz de Dios no puede ser acallada en el mundo por ningún poder. Los que llevan esa palabra, profetas, apóstoles, evangelizadores, todo el pueblo de bautizados, no pueden callar así sean *azotados*. Hay una manera nueva de interpretar los ultrajes recibidos por esa causa: es padecer la misma suerte del Señor. *Los apóstoles salieron del consejo contentos de haber merecido ultraje por el nombre de Jesús*. Hay una alegría honda que se encierra en la confesión valiente de la fe.

Sal. 30(29), 3-6.12ac-13: «Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»

Es un salmo de acción de gracias por la liberación de un peligro de muerte. Es como un canto a la vida después de haber llegado a gustar ya el amargo sabor de la muerte. Estar aun con vida, sentirse de nuevo vivo física o espiritualmente después de un experiencia de muerte, es como resucitar. Y es precisamente este contraste entre la vida y la muerte lo que hace que el salmo se convierta en un prisma de colores distintos y enfrentados que constituyen la esencia de la vida humana.

El P. Alonso Schökel parece recrearse en destacar estos contrastes: cólera y favor, atardecer y amanecer, llanto y júbilo, luto y danza, sayal y vestido de fiesta, silencio y canto. Con todos estos contrastes, derivados del eje fundamental «vida - muerte» podemos construir nuestra propia existencia. En positivo, cuando nos apoyamos en Dios. En negativo, cuando solo nos apoyamos en nosotros mismos.

Apocalipsis 5,11-14: «Digno es el cordero degollado de recibir el poder y la alabanza»

El lenguaje y simbolismo del Apocalipsis nos desborda a los no iniciados en su lectura. En el pasaje que leemos ahora, San Juan nos ofrece la imagen de **DIOS** sentado en un trono majestuoso; el **LIBRO** que contiene los **designios divinos** sobre la historia de la Humanidad y a **CRISTO JESÚS** en su función de mediador entre Dios y los hombres.





El *Cordero pascual* está en el centro de esta alabanza cósmica, terrena y celestial, que constituye la liturgia de la gloria. Y, por eso mismo, es también el centro de la liturgia de la Iglesia. Los cánticos de alabanza, y sobre todo la plegaria eucarística, es el eco de la aclamación al Cordero degollado -es decir, Cristo que ha sufrido la muerte- pero presente, victorioso, en la derecha del Padre y en el altar de la Iglesia.

Jn. 21, 1-19: «¡Es el Señor!»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN JUAN

R/. Gloria a Ti, Señor.

¹ Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera. ² Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y **otros dos** de sus discípulos. ³ Simón Pedro les dice: «*Voy a pescar*». Le contestan ellos: «*También nosotros vamos contigo*». Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.

⁴ Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. ⁵ Díceles Jesús: «*Muchachos, ¿no tenéis nada que comer?*» Le contestaron: «*No.*» ⁶ Él les dijo: «*Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán*». La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. ⁷ El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: «*Es el Señor*». Cuando Simón Pedro oyó «es el Señor», se puso el vestido -pues estaba desnudo- y se lanzó al mar. ⁸ Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos.

⁹ Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. ¹⁰ Díceles Jesús: «*Traigan algunos de los peces que acaban de pescar*». ¹¹ Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rompió la red. ¹² Jesús les dice: «*Vengan y coman*». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «*¿Quién eres tú?*», sabiendo que era el Señor. ¹³ Viene entonces Jesús, *toma* el pan y se *lo da*; y de igual modo el pez. ¹⁴ Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

¹⁵ Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: «*Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?*» Le dice él: «*Sí, Señor, tú sabes que te quiero*» Le dice Jesús: «*Apacienta mis corderos*». ¹⁶ Vuelve a





decirle por segunda vez: «*Simón de Juan, ¿me amas?*» Le dice él: «*Sí, Señor, tú sabes que te quiero*». Le dice Jesús: «*Apacienta mis ovejas*». ¹⁷ Le dice por tercera vez: «*Simón de Juan, ¿me quieres?*» Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «*¿Me quieres?*» y le dijo: «*Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero*». Le dice Jesús: «*Apacienta mis ovejas*. ¹⁸ «*En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras*». ¹⁹ Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «**Sígueme**».

Palabra del Señor.

R/. Gloria a Ti, Señor Jesús

Re-leyamos el texto para interiorizarlo

a) El contexto: Jn. 1,35 - 20,29 + 21, 1-25

- Estamos en el **capítulo 21** de Juan (vv. 1-19), prácticamente al final del Evangelio. En el final como que se hace un recuento que, de algún a manera, contiene en sí todo lo que le ha precedido, todo lo que poco a poco se ha formado, en el transcurso del evangelio, desde esa primera «búsqueda» que los llevó a «*quedare con Él*» (Jn. 1, 38-39). Después de la lectura del pasaje evangélico, viene a la memoria todo lo que, a lo largo del evangelio, nos ha compartido San Juan, desde el inicio de su evangelio.

- Tomamos la Biblia, en el 4º evangelio y nos dejamos conducir, para ponernos a *buscar* y a *escuchar*. En efecto, en este tiempo de Pascua, el Señor Jesús nos está repitiendo la misma pregunta hecha a los discípulos y a la Magdalena: «*Ustedes, ¿qué buscan?*».

- Esta *pesca en el mar de Tiberíades* (Jn. 21, 1-14) nos envía con fuerza y claridad al principio del Evangelio, donde Jesús llama a los primeros discípulos, los mismos que están ahora presentes aquí: Pedro, Santiago y Juan, Natanael (cfr. Jn. 1, 35-45; Mc. 1, 16-20; Lc. 5, 1-11).

- La *comida con Jesús*, el almuerzo con el pan y los peces (Jn. 21, 12-14)) nos lleva al **capítulo 6**, donde se describe la gran multiplicación de los panes, la revelación del Pan de Vida.

- El *coloquio íntimo y personal de Jesús con Pedro* (Jn. 21, 15-18), su *triple pregunta*: «*¿Me amas?*» (Jn. 21, 15.16.17) nos conduce de nuevo a la noche de la Pascua, donde Pedro *había negado* al Señor por *tres veces* (Jn. 18, 17b.25b.27).





- Y después, si apenas miramos un poco más hacia atrás en el Evangelio, encontramos las estupendas páginas de la *resurrección*: la carrera de la Magdalena y de las mujeres al sepulcro en la noche (Jn. 20,1a), el descubrimiento de la tumba vacía (Jn. 20,1b), la carrera de Pedro y Juan (Jn. 20, 3-4), el inclinarse los dos sobre el sepulcro (Jn. 20, 5), su contemplación, su fe (Jn. 20, 8).

Encontramos todavía a los once encerrados en el cenáculo y la aparición de Jesús resucitado (Jn. 20, 19), el don del Espíritu (Jn. 20, 22), la ausencia y la incredulidad de Tomás (Jn. 20, 24-25), recuperada después por otra nueva aparición (Jn. 20, 26.28); escuchamos la proclamación de aquella *estupenda bienaventuranza*, que es para todos nosotros hoy, llamados a creer, sin haber visto (Jn. 20, 29b). Y termina el 4° evangelio afirmando que la finalidad del evangelista, al escribir su obra, era suscitar la fe en Jesús, Mesías e Hijo de Dios, para que «**creyendo en Él tengan vida en su nombre**» (Jn. 20, 30-31).

b) Organización del texto

vv. 1-14: La conversación con los discípulos

vv- 15-19: Diálogo íntimo de Jesús con Simón-Pedro

El punto de división y también de unión entre las dos escenas está en los vv. 14-15, donde el evangelista pasa del *trato entre Jesús y los discípulos* al *encuentro íntimo de Jesús con Pedro*.

Es un recorrido muy intenso de **acercamiento al Señor**, que está preparado también para nosotros que en este momento nos acercamos a esta Palabra. Para conseguir entrar mejor aún, intentamos pararnos en las escenas y pasajes, aunque sean mínimos, que se nos presentan.

c) Comentario:

Primera escena: *Conversación de Jesús con los discípulos:* vv. 1-14

vv. 1-3: El pescador de hombres vuelve a ser pescador de peces. Jesús murió y resucitó. Al final de aquellos tres años de convivencia, los discípulos volvieron para Galilea. Un grupo de ellos está de nuevo ante el lago. Pedro retoma el pasado y dice: «¡Voy a pescar!» Los otros dijeron «¡Nos vamos contigo!» Así, Tomás, Natanael, Juan y Santiago y **los otros dos** junto con Pedro tomaron el barco y fueron a pescar. Retomaron la vida del pasado como si nada hubiese acontecido. Pero algo había acontecido. ¡Algo estaba aconteciendo! ¡El pasado no volvió! «¡No hemos pescado nada!» Volvieron a la playa cansados. Fue *una noche frustrante*. Es la oscuridad, la soledad, la incapacidad de las fuerzas humanas.

Ellos habían sido llamados a ser pescadores de hombres (cfr. **Mc 1,17; Lc 5,10**), y volvieron a ser pescadores de peces. Pero algo había cambiado en sus vidas. La





experiencia de tres años con Jesús produce en ellos un cambio irreversible. Ya no era posible volver atrás como si nada hubiera acontecido, como si nada hubiese mudado.

vv. 4-6: Jesús «estaba» a orillas del mar, pero ellos no le reconocieron: tienen necesidad de realizar un camino interior muy fuerte. Y Jesús pregunta: «*Muchachos, ¿no tenéis nada que comer?*» Respondieron: «¡No!» En la respuesta negativa reconocieron que la noche había sido frustrante y que no pescaron nada. Es marcado el contraste entre «**la noche**» de ellos (v. 3): es la noche de la fatiga inútil, del esfuerzo estéril, y «**el amanecer**» de Jesús (v. 4): es el comienzo de un día nuevo, el comienzo de una «*pesca milagrosa*» (v. 6b). La obediencia a su Palabra cumple el milagro y la pesca es superabundante.

vv. 7-8: Juan, el discípulo del amor, reconoce al Señor y grita su fe a los otros discípulos: «**Es el Señor**». Pedro se adhiere inmediatamente y se arroja al mar para alcanzar lo más pronto a su Señor y Maestro. Los otros, a su vez, se acercan, arrastrando la barca y la red. «**Simón Pedro... se echó al mar**» No sé si podré encontrar un versículo más bello que éste. Pedro se arrojó el mismo, como la viuda en el templo arrojó todo cuanto tenía para vivir, como el endemoniado curado (**Mc 5,6**), como Jairo, como la hemorroisa, como el leproso, que se arrojaron a los pies de Jesús, dejándole a Él sus vidas. O como Jesús mismo, que se arrojó a tierra y oraba a su Padre (**Mc 14, 35**).

vv. 9-14: La delicadeza de Jesús.

Llegando a tierra, vieron que Jesús había encendido unas brasas y que estaba asando pan y peces. Pidió que trajesen unos peces más. Inmediatamente, Pedro subió al barco, arrastró la red con ciento y cincuenta y tres peces. Muchos peces, y la red no se rompió: porque en **la Iglesia** hay **campo para todos**. Jesús llama a la multitud: «**¡Vengan y coman!**».

El tuvo la delicadeza de preparar algo para comer después de una noche frustrada sin pescar nada. Gesto bien sencillo que revela algo del amor con que el Padre nos ama. «*Quién me ve a mí, ve al Padre*» (**Jn 14,9**), les había afirmado a los discípulos. Ninguno de sus discípulos se atrevía a preguntar quién era él, pues sabían que era el Señor. Y evocando la Eucaristía, el evangelista Juan completó: «**Jesús se acercó, tomó el pan y lo distribuyó para ellos**» (puro lenguaje eucarístico). Sugiere así que la Eucaristía es el lugar privilegiado para el encuentro con Jesús resucitado.

Segunda escena: *Diálogo íntimo de Jesús con Pedro:* vv. 15-19

vv. 15-17: Al final, Jesús llama a Pedro y le pregunta tres veces: "¿*Me amas?*"

Es importante subrayar un punto que, con frecuencia, no se nota en nuestras traducciones. En la triple pregunta a Pedro, Jesús usa dos verbos distintos en griego para indicar los diversos matices del **amor** y de la **amistad**

Cuando Cristo preguntó a Pedro, usó el verbo griego «*ágarao*» (ἀγαπῶ). Este **amor** es el amor que viene de la voluntad, no de las emociones, y causa que el que





«ama» siempre hace lo mejor por el objeto de su amor. En otras palabras Cristo pregunta a Pedro, «¿**me amas** con todo tu corazón?». Al contrario, cuando Pedro responde al Señor, el usa la palabra griega «*fileo*» (φιλεῖν) que no alcanza el nivel del amor «ágape»: es más como **cariño** o aun **aprecio**, que un amor fuerte. Entonces usando estas palabras en una «traducción» vemos mejor lo que en verdad pasó: Cristo preguntó, «¿En verdad me amas con todo tu corazón, más que a la vida que tenías antes?». Pedro responde, «Si, Señor, *tú sabes que te apreció mucho (o te tengo mucho cariño)*».

De nuevo, Cristo hace la misma pregunta a Pedro -tratando quizás, de «levantarlo» al nivel de verdadero amor: «¿**Me amas** de todo corazón?». Y Pedro vuelve a decir lo mismo: «tengo mucho *cariño*» o «te *aprecio* mucho». Entonces, la tercera vez, Cristo desciende al nivel de Pedro: «¿Pedro, en verdad **me quieress**?». En vez de usar el verbo griego «*ágapao*», Cristo ahora usa «*fileo*». Podemos suponer que Pedro vio la diferencia y se entristeció por eso..

Como sabemos Pedro llegó a ser uno de los apóstoles más fuertes del Señor. Historia nos dice que Pedro murió por ser cristiano alrededor del año 64. Su amor no se quedó al nivel de "fileo", sino progresó a un verdadero amor «*ágape*».

Estas palabras, repetidas tres veces por Jesús y precedidas tres veces por el apelativo «*Simón, hijo de Juan*» (15-17), son la premisa a la **misión pastoral**: «*Apacienta mis cordero*». Jesús mismo, dirigiéndose a la Pasión, había dicho: «*Para que el mundo sepa que yo amo al Padre*». Jesús ama al Padre y por esto se prepara a *ofrecer la vida por sus ovejas*; Pedro ama a Jesús y se prepara a *asumir el cuidado de su rebaño*.

¿Por qué Jesús dirige a Pedro, a quien está para confiarle la misión pastoral, esta pregunta y no otras? Podemos imaginar muchas otras preguntas idóneas que Jesús hubiera podido hacer a Pedro. Por ejemplo: Simón, hijo de Juan, ¿eres consciente de la responsabilidad que asumes? ¿Tienes conciencia de tu fragilidad? ¿Sabes que es difícil llevar el peso de los demás, sabes que se puede llegar hasta el grito de Moisés («*Mas bien hazme morir, que yo no vea mi desgracia*»)? Hasta ese punto Moisés sentía el peso, la responsabilidad que se le había confiado.

Jesús le repitió a Pedro la misma pregunta tres veces, porque tres veces Pedro negó a Jesús (Jn. 18,17.25-27). Jesús no pregunta a Pedro si había estudiado exégesis, teología, moral o derecho canónico. Sólo le pregunta: «¿**Me amas**?». Esta pregunta se presenta como la **interpelación esencial**, prácticamente la *única*, ante todo porque va al corazón de la persona. El amor en primer lugar. Para las comunidades del Discipulo Amado la fuerza que las sustenta y que las mantiene unidas no es la doctrina, sino el amor.

«*Apacientas mis ovejas...*» (vv. 15.16.17) Solamente después de haber recibido, por tres veces, la misma respuesta afirmativa, Jesús da a Pedro la misión de cuidar de las ovejas. Para que podamos trabajar en la comunidad Jesús no pregunta si sabemos muchas cosas. ¡Lo que pide es que tengamos mucho amor!





vv. 18-19: *Es el último éxodo de Pedro.*

Después de haber dicho: «*Apacienta mis ovejas*» por última vez (v, 17b), Jesús añade: «*En verdad, en verdad (modo solemnísimos que usaba Jesús cuando tenía alguna cosa que decir que se refería a la realidad absoluta y definitiva del Reino de Dios o lo absoluto de los signos de Dios en la historia) te digo: cuando eras más joven, tú mismo decidías, e ibas a donde querías; pero cuando te hagas viejo, tendrás que poner las manos en alto y dejar que otro decida y te lleve a donde no quisieras. Con esto quería darle a entender de qué manera iba a morir para gloria de Dios. Y luego añadió: "¡Sígueme!"*». (vv. 18-19).

Éste es el «**éxodo de Pedro**», el éxodo definitivo. Pedro realizó un «éxodo» cuando se lanzó a los pies de Jesús en la barca, después de la pesca milagrosa, diciendo: «*Jesús, soy pecador*» (Lc. 5,8); había escuchado el «*Ven y sígueme*», «sal de Egipto, pastor mío» y había seguido a Jesús dejándolo todo; había escuchado y renovado su éxodo muchas otras veces. Por ejemplo, cuando, apartándose de la opinión de la gente, reconoció que Jesús es el Cristo (cfr. Mc. 8, 29); había renovado su éxodo cuando, mientras muchos querían irse y Jesús decía: «*¿También ustedes quieren marcharse?*» (Jn. 6, 67). contestó: «*Señor, ¿a quién vamos a ir?*» (Jn. 6, 68).

Cada vez ha sido un salto sucesivo, y toda la vida de Pedro está llena de estos saltos sucesivos, algunos con poco éxito (como cuando se lanza al agua y comienza a hundirse: cfr. Mt. 14, 28-31), otros con más éxito, pero siempre es invitado a seguir adelante, a ir más allá. Aquí Jesús le habla del **salto definitivo** ¿Cómo define Jesús este último salto? Con la oposición: **actividad-pasividad**: «*cuando eras más joven, tú mismo decidías, e ibas a donde querías*» (v. 18a). Pedro sí ha vivido experiencias difíciles, fatigosas, de ministerio, pero en el fondo era activo y era libre de sí; esta por llegar el momento en el que deberá *dar el paso fundamental* para todo hombre: «*pero cuando te hagas viejo, tendrás que poner las manos en alto y dejar que otro decida y te lleve a donde no quisieras*» (Jn. 21, 18b).

El último salto que Pedro está llamado a dar no será de actividad en actividad cada vez más responsables, cada vez más difíciles, sino *de actividad en pasividad*. Este salto es el más dramático: «en verdad, en verdad», Pedro aprenderá qué quiere decir conocer al *Cristo Crucificado* que, a un cierto punto, pasó de la actividad a la pasividad.

«*Te ceñirán*», es decir, te **rodearán** acontecimientos, condicionamientos, situaciones que se impondrán sobre ti y no serás tú el que los guíes (*prisión, martirio, muerte*). «*Donde tú no quisieras*», es decir, habrá en ti una repugnancia, una resistencia y no bastará el ejercicio ascético para hacerte mirar con ojo libre ante el sufrimiento físico, moral, y ante la muerte. En este «*donde tu no quisieras*» leemos el reflejo de la oración de Jesús en el huerto: «*No lo que yo quiero, sino lo que quieras Tú*».

Se invita a Pedro a entrar en ésta que es una oración amarga, es la *oración de la entrega total* del hombre *al misterio de Dios*: no lo que yo quiero, no lo que parecería útil





en este momento para mí, no lo que me parece poder pretender, sino lo que quieras Tú, Padre.

Otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. Este es el sentido del seguimiento. Y el evangelista comenta: «Con esto indicaba la clase de muerte con que Pedro iba a glorificar a Dios». Y Jesús añadió: «Sígueme».

El v. 19, que cierra el pasaje, es algo particular, porque presenta un comentario del evangelista y de pronto deja resonar de nuevo la palabra de Jesús para Pedro, palabra muy fuerte y definitiva: «¡**Sígueme!**», a la cual no hay otra respuesta que **la vida misma**.

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ NOS DICE la Palabra?

«**Juntos para la Misión**»

Los apóstoles se reúnen para trabajar juntos y, con Jesús comparten el pan, el pescado y la palabra, como en una eucaristía junto al lago. Están «**Juntos para la Misión**». Una vez más Cristo resucitado se reúne con los Apóstoles, para enseñarles -e igualmente a nosotros- algo importante para su cristianismo. La enseñanza se da sobre todo a través del diálogo entre Jesús y Pedro. (Recordemos que Pedro había negado a Cristo la noche de la pasión): «*Pedro, ¿me amas?... Sí, tú sabes que te amo... Entonces (sígueme) y apacienta mis ovejas*».

¿Qué aprendemos de este diálogo? Aprendemos que sobre todo Jesús está preocupado por nuestro amor y amistad, no tanto por nuestras faltas y fracasos. Aprendemos que ser cristiano es seguir a Jesús, tratar de imitarlo por amor. El cristianismo es Jesús que nos pregunta cada día si lo amamos, y es seguirlo de acuerdo con eso. Y también aprendemos que la mejor prueba y la mejor manera de seguir a Jesús es «atendiendo sus ovejas». Es decir, trabajar con Jesús en la Iglesia por la salvación de los demás, como «*buenos obreros del Evangelio*».

El ejemplo de Pedro

Pedro es el primero que toma la iniciativa y anuncia a sus hermanos su decisión de salir a pescar. Pedro va hacia el mar, que es el mundo, va hacia los hermanos, porque sabe que ha sido constituido pescador de hombres (Lc. 5,10), igual que Jesús, que había salido del Padre para venir a plantar su tienda en medio de nosotros. Y también Pedro es el primero en reaccionar al anuncio de Juan que reconoce a Jesús presente en la orilla: se pone el vestido y se arroja al mar. Estas parecen alusiones fuertes al **Bautismo**, como si Pedro quisiese definitivamente borrar su pasado en aquellas aguas, como hace un catecúmeno que entra en la fuente bautismal.

Pedro se entrega a estas aguas purificadoras, se deja curar: se arroja en ellas, llevando consigo sus presunciones, sus culpas, el peso de la negación, el llanto. Para salir hombre nuevo al encuentro de su Señor. Antes de arrojarse, Pedro se ciñe el vestido, así





como Jesús antes que él se había ceñido para lavar los pies de los discípulos en la última cena. Es el vestido del siervo, del que se entrega a los hermanos y precisamente este vestido cubre su desnudez. Es el vestido mismo del Señor, que lo envuelve en su amor y su perdón. Gracias a este amor Pedro podrá salir del mar, podrá resurgir, comenzar de nuevo. También se ha dicho de Jesús que salió del agua después de su bautismo: el mismo verbo, la misma experiencia unen al Maestro y al discípulo.

¡Pedro es ya un hombre nuevo! Por esto podrá afirmar por tres veces que ama al Señor.

4. Oración: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Padre de misericordia,
Concédenos «echar las redes»
en nombre de tu Hijo,
para que la noche infructuosa de nuestra vida
se transforme en el alba radiante
en la que lo descubramos presente
en medio de nosotros.

Que tu Espíritu aletee sobre las aguas de nuestro mar,
como en el principio de la creación,
y se abran nuestros corazones
a la invitación de amor del Señor,
para participar en el banquete preparado
de su Palabra y de su Pan.

Arda en nosotros, oh Padre, tu Espíritu,
para que nos convirtamos en testigos de Jesús
como Pedro, como Juan, como los otros discípulos
y vayamos también nosotros cada día
a la pesca de tu reino.

Que tu Hijo, el Señor Jesús, Vida y Resurrección nuestra,
viva en tu Iglesia para que tu Pueblo
siga dando testimonio de la Resurrección,
con valor y autenticidad.

Reanima a quienes se encuentran decaídos o desanimados,
por tantos esfuerzos sin resultados,
para que encuentren la luz, la valentía y la seguridad
para obedecerte a Ti antes que a los hombres
y, sin miedo, con entera confianza,
en el nombre de Jesús lancen las redes.
Amén





5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿Qué **NOS PIDE HACER** la Palabra

No espectadores

No somos meros lectores de una historia lejana. Debemos encarnar en nuestro ser de discípulos de hoy lo que leemos, quizás llenos de admiración. Esos apóstoles que enfrentan su misión sin temor y que dicen: *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*, somos nosotros, discípulos hoy con toda la Iglesia y en ella.

Esos apóstoles que están en la faena y viven la experiencia de la ausencia del Señor somos nosotros, discípulos suyos en el mundo de hoy. El papel relevante de Simón Pedro es innegable. Lo ejerce hoy, como ministerio actual de Pedro, el Papa Francisco. Sin él no somos la verdadera Iglesia del Señor. Pero él sin nosotros es inconcebible en el compromiso de la misión.

Todos y cada uno de los bautizados sentimos hoy que somos misioneros de Jesús. Oigamos a Jesús que nos dice: *¿Me amas?* Y al decirle desde el fondo de la verdad del corazón: «**Tú lo sabes todo, tú sabes que te amo**», oiremos que el Señor nos confía la misión, en nuestro mundo, según nuestra medida, pero **verdadera misión**

Relación con la Eucaristía

Quizá en algunas iglesias empieza ya a notarse la presencia de los niños que comulgan por vez primera. El enlace de este hecho con la celebración pascual debería subrayarse; y puede ser una manera de recordar a todos que los cristianos celebramos la Pascua sobre todo comulgando con el Señor muerto y resucitado. A partir de ahí, cabe recordar el sentido del precepto de la comunión pascual (cfr. **CIC**, 920).

Algunas preguntas para pensar durante la semana

1. ¿Ponemos la esencia del cristianismo en el amor a Cristo y a los demás, o sólo en prácticas y deberes?
2. ¿Qué hago yo para atender las ovejas del Señor?
3. ¿Estoy dispuesto, yo también, a hacer este recorrido de conversión?
4. ¿Me dejo despertar por esta invitación de Jesús? ¿O prefiero seguir escondido, detrás de mis puertas cerradas por el miedo, como estaban los discípulos en el cenáculo?
5. ¿Quiero decidirme a salir, a ir en pos de Jesús, a dejarme enviar por Él?
6. Hay una barca siempre para mí, hay una vocación de amor que el Señor me ha dado. ¿Cuándo me decidiré a responder de verdad?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

